

CAPÍTULO 1

NIKO

Sevilla, viernes 4 de octubre de 2019

—¿Ya está? ¿Esto es todo?

—Sí. Es todo. Lo siento.

Sus ojos llorosos negros no le harán cambiar de opinión. Hace tiempo que no siente nada por ella. Tal vez, nunca estuvo enamorado de Lydia. Eso ya no importa.

—Pues vete a la mierda, Niko.

—No quiero que te enfades.

—¿Que no me enfade? Me acabas de dejar. ¿Cómo pretendes que me comporte?

—Como adultos.

—¿Me estás hablando en serio?

El joven se encoge de hombros e intenta darle un beso en la mejilla. Lydia se aparta y se sienta en la cama de su habitación.

—Me marcho. Ya te llamaré un día de estos.

—Prefiero que no lo hagas. Olvídate de mí. Borra mi número y no vuelvas a escribirme ni llamarme nunca más.

—¿Estás segura?

La chica no responde. Se tapa la cara con las manos y

se echa a llorar. A Niko le da algo de pena, pero allí ya no tiene nada más que hacer. Abre la puerta y sale del cuarto. Oye que la madre y el padre de su ya exnovia hablan en el salón. ¿Se debería despedir de ellos? Nunca lo han soporado, y a él tampoco es que le caigan muy bien. Así que prefiere no decirles nada. Se mira en el espejo del recibidor y se sopla el flequillo. No tiene aspecto de alguien que acaba de romper una relación. Ni ojeras, ni la nariz roja. No ha derramado ni una lágrima. Tira un poco del pendiente de aro que lleva en la oreja derecha y avanza hacia la salida del piso.

—¡Te odio, gilipollas! ¡Te odio!

Los gritos agónicos de Lydia son como el último aleteo del pez que acaba de ser capturado. Debe salir de esa casa inmediatamente o aparecerán los padres y se liará de verdad. Aunque sería peor que el que acudiera al rescate fuera el hermano mayor. Agustín mide más de metro noventa y ha sido detenido varias veces por desórdenes públicos y violencia callejera. Fuerza bruta y pocas neuronas. Un pieza. Él, en cambio, es todo lo contrario. Si por algo se caracteriza es por actuar de manera minuciosa y sutil. Un fino estilista.

Pese a estar en octubre, hace calor. ¡Veinticinco grados! Es una temperatura habitual en Sevilla, y a Niko le encanta. De pequeño pasó tanto frío en su Polonia natal que agradece el clima cálido de la ciudad que lo acogió. En septiembre se cumplieron siete años de su llegada a la capital andaluza. No echa de menos su país, pero alguna que otra vez ha pensado en regresar. Sobre todo, desde que falleció su abuelo.

—Niko, no me queda mucho. Espero que, pese a todo, me recuerdes con cariño.

—No te vas a morir, abuelo.

—Es ley de vida. Nadie es inmortal. Aunque yo durante un tiempo me lo creí. ¿Escribirás mi biografía, como me prometiste?

—No hables más. Descansa.

—La podrías titular *Dariusz Olejnik, aventuras y desventuras de un ladrón incomparable*.

—Un poco largo, ¿no? Ocuparía casi toda la portada.

—Tienes razón. Nunca se me han dado bien los libros. En eso no nos parecemos.

Mientras que Dariusz apenas había leído un par de novelas en toda su vida, Niko se había convertido en un ávido lector. De hecho, gran parte de su vocabulario en español es gracias a la literatura. Además, le gusta escribir.

El centro de la ciudad está repleto de gente. Le encanta el aroma a café recién hecho que desprenden los bares de aquella zona. Se queda embobado mirando el escaparate de la confitería La Campana. Podría entrar a por un rameado, una palmera de chocolate o una cuña de crema. Le apasiona comer y, por supuesto, los dulces. En Sevilla ha probado la mejor repostería del mundo. Pero la tentación se desvanece cuando una voz poco amable ruge a su espalda:

—¡Eh, tú! ¡Polaco de mierda!

Cuando se gira ve a Agustín, que no parece muy contento. No está solo. Lo acompaña un tipo grueso, con los ojos achinados, unos veinte centímetros más bajo que su amigo, con la misma cara de mala leche.

—¿Qué coño le has hecho a mi hermana? No deja de llorar.

—No le he hecho nada —responde firme Niko. Ese mastodonte no va a intimidarle—. Simplemente hemos roto.

—¿Le has puesto los cuernos?

—No, claro que no.

—¿Entonces?

—Nada. Se acabó el amor. ¿No os ha pasado nunca?

No, seguro que no les ha pasado nunca. No cree que esos dos tíos hayan sentido por alguien algo semejante al amor.

Agustín mira a su colega y este niega con la cabeza. De inmediato, como si estuviesen sincronizados, dan un par de pasos hacia adelante al mismo tiempo y se acercan a Niko, que no los pierde de vista.

—Eres un mierda, polaco. No me has gustado nunca.

—Tú a mí, en cambio, siempre me has caído bien, Agus —miente Niko, que sabe que el hermano de Lydia no va a captar la ironía—. Chicos, me tengo que ir. Ha sido un placer charlar con vosotros.

—Espera un momento —dice el otro muchacho, al que recuerda que llaman Sasaki—. Lydia es como si fuera de mi familia. Lo que le has hecho no te va a salir gratis.

—Os repito que no le he hecho nada. Enseguida encontrará a otro. O a otra. Quién sabe.

—¿Qué insinúas, desgraciado, que mi hermana es bollera?

¿Cómo le explica a esos dos neandertales que viven en el siglo XXI y que no todas las relaciones son heteronormativas? No hay tiempo. De repente, el puño de Sasaki viaja

directo hacia su estómago. Niko se echa hacia atrás y esquiva el golpe. Sus reflejos también le permiten que el hermano de su exnovia solo le roce la rodilla en un intento de patada. Aquello se está poniendo feo.

—No te irás de rositas —dice Agustín, que respira agitado—. Te mereces dos buenas hostias.

—Pues vais a tener que correr mucho para dármelas.

Niko logra eludir un par de puñetazos más de sus adversarios y escapa a toda velocidad, abriéndose paso entre la gente. Sus dos agresores van tras él, pero no son tan rápidos. La persecución no dura mucho. Los pierde enseñuida, aunque no los tiene todas consigo. Ve la iglesia Colegial del Divino Salvador abierta y se esconde en ella. Se persigna y se sienta en la última banca a recuperar el aliento. Por suerte, no saben dónde vive. A Lydia jamás la llevó a su casa ni le reveló su dirección. Ni a ella ni a nadie. Ahora se alegra de ser tan precavido y desconfiado. De todas maneras, tendrá que andarse con cuidado con esos dos. Sevilla no es tan grande como para que no vuelvan a coincidir y desde ahora es un objetivo para esos tipejos.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunta un hombre de cabello canoso que se aproxima hasta él.

Viste con una sotana negra y un alzacuellos blanco. Camina despacio, dando pasitos cortos. Niko calcula que debe de rondar los ochenta años.

—¿Necesitas confesarte? —insiste el cura con un tono de voz pausado.

—No, gracias. Ya me iba.

—¿Has entrado solo para ver nuestra iglesia? El Salvador es de las que tiene más historia de toda Sevilla. Es una maravilla.

—Sí, es preciosa —responde el joven, que examina asombrado el interior del templo. Su mirada se detiene en la zona iluminada de la derecha—. ¿Ese órgano funciona?

—Perfectamente.

—¿Puedo tocarlo?

Al cura le sorprende la petición de Niko. Duda en lo que contestarle, aunque al final da su aprobación. El chico se levanta y se dirige raudo hacia el órgano. Se sienta en la banqueta que ve frente al instrumento y estira los dedos. Cierra los ojos y se concentra unos segundos. Sus dedos comienzan a danzar sobre las teclas. Suena una melodía que el hombre del cabello blanco no tarda en reconocer.

—¿Chopin?

Niko no dice nada. No le gusta hablar mientras toca. Siempre lo hace en silencio, desde niño, cuando su madre lo sentaba en el piano. Se pasaba un sinfín de horas cada día interpretando las partituras compuestas por los grandes genios de la historia de la música. Era tanta su devoción y dedicación por aquel instrumento que no tenía amigos. No los necesitaba. Tocaba, tocaba y tocaba. Un pequeño virtuoso que prometía convertirse en uno de los mejores pianistas de Polonia. Hasta que un accidente lo truncó todo y su vida cambió de forma radical.

—Eres muy bueno. ¿Por qué no vienes algún domingo a deleitarnos? —le dice el cura cuando Niko finaliza aquel nocturno.

—¿A misa?

—Sí. A tocar.

—No, gracias. No me gustan las ceremonias religiosas.

—¿No eres cristiano?

El joven esboza media sonrisa y le da las gracias al hombre. Se despide de él y sale de la iglesia, no sin antes comprobar si Agustín y Sasaki andan por allí. Buenas noticias: no hay rastro de ellos.

Mientras camina, piensa en lo bien que le ha caído aquel cura. No todos le habrían permitido tocar el órgano de su iglesia. Además, ha acertado al decir que interpretaba una melodía de Chopin, su gran referente e ídolo. Quizá podría pasarse algún domingo, aunque no sea creyente ni le gusten las religiones. La música está por encima de todo.

Anochece, y tendría que coger el bus para regresar a casa, pero le apetece pasear un rato por el centro. Una de sus grandes aficiones es perderse por las calles de la judería. Su abuelo le decía que nunca llegas a conocer del todo el barrio de Santa Cruz. Está lleno de callejones y recovecos que tienes la impresión de que nunca has visto. En una de sus esquinas, Niko encuentra una papelería que todavía está abierta. Ante el pequeño escaparate, se fija en los tres libros que ocupan el espacio detrás del cristal, todos de la misma escritora. No la conoce, pero la dueña del establecimiento, que está a punto de cerrar el local, enseñada le ofrece información:

—La autora es amiga mía, aunque no es famosa. Ha escrito una trilogía maravillosa. De lo mejorcito que he leído en los últimos años. ¿Te interesa?

—No llevo dinero encima.

—¿No? Qué pena. Son unas extraordinarias novelas de misterio. ¡Seguro que no averiguas quién es el asesino hasta el final! Yo no lo logré. Y eso que conozco muy bien a la autora.

El muchacho sonríe. Siente curiosidad. Puede que algún día regrese y compre alguno de esos libros.

— Me ayudas un momento con el expositor de los periódicos? Normalmente lo hace mi hijo, pero hoy no s e dónde se ha metido. Esta juventud cada vez est a más descarriada.

—Claro. Encantado.

Entre los dos agarran el expositor y lo meten en el interior de la papelería. Casi no queda prensa de ese viernes, pero el titular de un periódico local llama la atención de Niko, al que se le hiela la sangre:

UN CRIMEN AL RITMO DE CHOPIN

CAPÍTULO 2

—
CELIA

Sábado, 5 de octubre de 2019

La página en blanco es el principal enemigo del escritor. Pero ¿puede ella denominarse a sí misma *escritora*? Ha publicado tres novelas, a cada cual con menos ventas. Nadie la conoce. O casi. Sin embargo, Celia no piensa tirar la toalla. Algún día sus libros se convertirán en *best seller* y las librerías le pedirán que firme ejemplares en la Feria de Madrid o en Sant Jordi, donde tendrá colas infinitas de lectores deseosos de su dedicatoria.

Dicen que soñar es gratis. Pero las facturas y la cesta de la compra no. Por eso tiene que compaginar su pasión con el trabajo.

Celia se pone de pie y se distancia un par de metros del ordenador. Lo observa de reojo y niega con la cabeza. En ese instante, el divorcio entre ella y la historia que tiene entre manos es total. Solo lleva cuatro páginas, no ha terminado ni el prólogo. Suelta un insulto en voz baja y apoya las dos manos en la mesa en la que reposa el portátil. Resopla desesperada.

—Maldita inspiración —murmura, aunque nunca creyó demasiado en las musas.

El ruido del teléfono le ofrece la excusa perfecta para bajar la pantalla y tomarse un respiro. Después de dos horas sin ser capaz de escribir ni una palabra, empezaba a sentirse agobiada.

—¿Sí?

—¿Agencia Mayo? —La voz es masculina, y han ocultado el número.

—Sí, aquí es. Soy la detective Celia Mayo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría hablar con usted personalmente. ¿Podría ser dentro de media hora?

—Claro. Abrimos los sábados por la mañana.

—¿Está en el despacho de la calle Pimienta?

—Exacto. ¿Me podría decir su...?

A Celia no le da tiempo de formular la pregunta completa. Su interlocutor ha colgado. La mujer, confusa, se queda mirando el teléfono. No está segura de que no se trate de una broma. No sería ni la primera ni la segunda vez.

—¿Otro que quiere investigar a su mujer? —le pregunta una joven que entra en el despacho mordisqueando una galleta de coco.

—No lo sé. Pero ya sabes que no atiendo ese tipo de casos.

—Eres una detective muy especial, mamá. ¿No era un cliente el que ha llamado?

Triana da otro mordisco a la galleta y se sienta en la silla con ruedas que usa su madre para escribir. Pone los zapatos encima de la mesa hasta que se da cuenta de la mirada inquisidora de Celia.

—Lo vas a llenar todo de migas.

—¿Desde cuándo te importa tanto la limpieza? Las dos somos un desastre. Es algo que he heredado de ti.

—El despacho debe estar siempre limpio. Además, estoy esperando a un cliente.

—¿El que ha llamado?

—Sí. Aunque no me ha dejado claro qué quería. Ha colgado antes de decirme su nombre.

—Seguro que quiere saber si su mujer le engaña con otro. Un clásico.

—Entonces deberá buscarse a otra detective.

La joven asiente con la cabeza. Su madre es una mujer de palabra. Es verdad que los ingresos en casa son muy bajos, pero cuando se hizo detective privado se prometió que no cogería determinados asuntos. Entrar en la vida personal de una pareja y seguir a uno de los dos en busca de amantes o líos pasajeros no forma parte de su ética.

Triana entonces mira hacia la pared donde cuelga un calendario. Su expresión cambia de repente. Celia se da cuenta y acaricia el cabello largo y rubio de su hija.

—¿Estás pensando en él?

—Es inevitable. Mañana se cumplen cinco años.

—El tiempo pasa muy deprisa. Parece que fue ayer —dice la mujer mientras deja de acariciar a Triana—. Hace días que no duermo bien.

—A mí se me aparece en sueños.

—¿Sí? ¿Desde cuándo?

—Desde que murió, mamá.

Triana tenía trece años cuando su madre le pidió en vuelta en lágrimas que se sentaran en el salón. Tenía que contarle algo: su padre, el policía nacional Manuel Velázquez, Lolo para los amigos, había aparecido muerto en las

aguas del río Guadalquivir. Cinco años después siguen sin saber qué sucedió realmente. El juez dio por cerrado el caso y lo archivó a falta de pruebas de que fuese un homicidio.

—¿Quieres que mañana vayamos al cementerio?

—No lo había pensado. ¿Tú quieres ir?

Celia no responde. Ella sí que se lo había planteado. Su plan era visitar la tumba de su marido y después repasar una vez más el informe de su muerte. Seguro que entre todos esos papeles hay algo que se les escapa. Aunque cada vez tiene menos esperanzas de encontrar una clave oculta que le dé una pista de quién asesinó a Lolo. Porque de eso está segura: alguien acabó con la vida de su marido.

—Bueno. Podemos desayunar juntas en algún sitio y después visitar a papá.

—¿Chocolate con churros?

—Por mí, perfecto, ya lo sabes.

Era el desayuno preferido de Manuel. Muchos domingos se levantaban pronto e iban a comer *calentitos*, como ellos los llamaban, a alguna cafetería del centro de Sevilla. Daba igual que hiciera diez o cuarenta grados.

—He quedado para comer con Cayetano —dice Triana al tiempo que da el último mordisco a su galleta de coco—. A ver si arreglamos lo nuestro.

—¿Tan mal estáis?

—No lo sé. Desde que empecé la universidad, todo es diferente.

—¿Ya no te gusta?

—¡Cómo no va a gustarme! ¡Me encanta! Sigue estando buenísimo. Pero...

—¿Pero...?

—Estoy estancada. O así me siento.

—¿Has conocido a alguien que te atraiga en la universidad?

—No, mamá. No he conocido a nadie.

—¿Estás segura?

La chica no le responde. Se levanta y le da un beso en la mejilla a su madre. Le dice que va a cambiarse de ropa y sale del despacho. Celia la observa. Su pequeña se ha hecho mayor. Es cierto que Triana maduró muy rápido como consecuencia de la muerte de su padre, pero desde hace unos meses la nota distinta. No sabría cómo explicarlo. Es algo que una madre percibe. La conoce bien, más de lo que imaginaba.

De nuevo se hace el silencio en el despacho. Solo oye el ruido del agua que cae en cascada por una fuentecilla de interior que compró en la Alfalfa. Mira el reloj del móvil; si la llamada anterior no ha sido una broma, dentro de poco tendrá un nuevo cliente. Ojalá no le pida que espíe a su pareja ni nada por el estilo. Ganarse la vida de esa forma nunca estuvo en sus planes. Sin embargo, después de investigar por su cuenta la muerte de su marido, decidió ponerse a estudiar y a prepararse para ser detective. Cuando recibió el certificado del Ministerio del Interior que la acreditaba como investigadora privada hasta se le escaparon lágrimas de alegría y enseguida supo que había acertado. Vendió la pequeña cafetería heredada de sus padres, que había regentado hasta entonces, y en su casita del barrio de Santa Cruz montó un despacho en una habitación que servía de almacén. Aquel espacio lo usaba para atender a los escasos clientes que requerían sus servicios y, en sus numerosos ratos libres, para escribir novelas de mis-

terio autopublicadas, con las que no había tenido éxito en cuanto a ventas.

—No debes rendirte, cariño. Ya has conseguido lo más difícil: terminar el libro.

—Creo que será más complicado que una editorial importante me haga caso. ¿Quién querría publicar la novela de una camarera desconocida?

—Eres mucho más que eso.

—Bueno, soy la dueña de la cafetería.

—Y la escritora más inteligente y con las ideas más ingeniosas de toda Sevilla.

—Eso lo dices porque me quieres.

—Si no fuera verdad, no te lo repetiría tantas veces. Soy un pesado. Pero, créeme, eres muy buena, Celia Mayo.

Las palabras de su marido siempre le daban ánimo y la ayudaban a seguir intentándolo. Dios, cuánto lo echa de menos. Por eso continúa escribiendo. Por él. Meses antes de su muerte autopublicó *Sangre en la biblioteca*, la primera novela de una trilogía. En 2017, la segunda parte, *Un cadáver en la cocina*, y el año pasado, *Dos balas en el jardín*, el tercer y último libro de la historia del detective Adrián Majestic. Lolo habría estado orgulloso de ella, a pesar de que sus lectores eran pocos. Mañana se cumplirán cinco años desde que se marchó para siempre sin despedirse. Cinco años del peor día de su vida.

Celia se seca los ojos húmedos con un pañuelo de papel y abre el portátil. Debe hacer un esfuerzo. Necesita

despejar la mente para escribir. Después de autopublicar el tercer libro de la trilogía, una pequeña editorial andaluza se fijó en ella. No es gran cosa, pero puede resultar una buena oportunidad para ganar lectores y dar un paso adelante. El plazo de entrega lo tiene a comienzos del año que viene, aunque casi no lleva nada escrito. No para de dar vueltas a la trama: un crimen en una habitación cerrada, en la que parece que no ha entrado nadie. Siete sospechosos y un culpable, que ya ha elegido. Sin embargo, le faltan piezas, y no tiene nada claro cómo empezar la historia. Se le ha atragantado y no es capaz de salir de las primeras líneas de la novela.

Veinte minutos después, sin que haya logrado escribir ni una sola palabra, suena el timbre de la casa. ¿Será el tipo que la ha llamado antes? Es puntual. Eso le gusta. Se levanta y, sigilosamente, mira a través de la persiana. No fue nada estratégico ni lo pensó cuando eligió esa habitación como despacho, pero está junto a la entrada y desde ahí puede ver a los visitantes.

—¡Mamá! ¡La puerta! —grita Triana desde el interior de la vivienda, después de que hayan tocado el timbre por segunda vez.

La mujer no responde, y se fija en la persona que está frente a la casa. Es un chico muy joven, alto y con el pelo rubio. Puede ver sus ojos claros y su expresión seria y tensa. ¿Es él quien ha llamado antes?

—¿Abres o qué? —le pregunta su hija desde la puerta del despacho.

—Creo que no es el cliente que estaba esperando. Abre tú.

—Joder, mamá.

La tercera vez que suena el timbre impacienta a Triana, que acude hasta la puerta de entrada. Celia va detrás con cierta curiosidad. No, ese chaval no puede ser. ¿Qué querría un chico de esa edad de una detective privado como ella?

La respuesta la obtendría de inmediato. Lo que nunca sospechó es que esa visita cambiaría su vida para siempre.